

su paraguas. Era tanta el agua que caía, que aceptó. En todo el trayecto, ella apenas desplegó los labios. El no fué mucho más explícito.

Se volvieron a ver otras veces. Poco a poco, las conversaciones a escondidas, fueron entrando en carácter. Entre frases y frases, reinaron elocuentes silencios.

A María le parecía extraño que alguien se hubiera enamorado de ella. Vivía con un tío gruñón y viejo y una criada que aparentaba tener doscientos años. En aquel ambiente, no pudo escuchar esos primeros elogios familiares a la mujer que comienza a serlo.

Ahora todos los minutos de su vida, estaban dedicados a su primer amor. Era una muchacha tan sensible, que su corazón latía desordenadamente al menor indicio de que su novio se acercaba. A veces se equivocaba y los pasos apresurados que oyera a su espalda, en la esquina de la calle, pertenecían a un desconocido transeúnte. Entonces sentía una desilusión profunda, como si le hubiera ocurrido una desgracia verdadera.

Y así, en esta constante alternativa de infantiles emociones, dejaba pasar el tiempo.

Transcurrieron ya unos minutos de inquietud. Luis no quiso prolongarlos y saltó de nuevo sobre la tapia. Saludó alegremente con la mano y desapareció.

En el jardín ya no había nadie. Al regresar las alumnas a clase, lo dejaron silencioso y melancólico. La blanca arena de los paseos, mostraba las huellas de múltiples pisadas. María se paró a escuchar las voces doctorales que se escapaban por las ventanas del edificio y que adquirían resonancia en el fresco aire de la mañana. También se oía el lejano martilleo de un herrero y ladridos de algún perro vagabundo.

Dió María por bien recibida la reprimenda, por haberse retrasado. En realidad, ni oyó lo que le dijeron. Pensaba en otras cosas.

Como estaba de medio-pensionista, se retiraba a su casa todas las tardes sobre las ocho. La distancia que mediaba entre el Colegio y su casa era tan corta que nadie iba a buscarla. De esta circunstancia se aprovechaba para charlar cinco o seis minutos con su novio. Luego, bajo el farol de la esquina, se producía la despedida hasta el día siguiente.

Cuando María entró para cenar, ya su tío estaba en la mesa. El viejo, a la luz del quinqué de petróleo, leía el periódico. Desde hacía muchos años, la escena se repetía. María preguntaba: «¿Se puede pasar?» El viejo contestaba: «Adelante». Entonces la muchacha apartaba con la mano las cortinas de terciopelo encarnado y entraba en la sala. Daba un beso a su tío y tutor, y comenzaban a cenar en silencio. Jamás su tío dejó de tener en la mano el periódico cuando ella entraba ni el quinqué de petróleo fué movido del centro exacto de la mesa, en donde estaba colocada desde tiempo inmemorial y donde seguiría estando hasta Dios sabe cuándo. Todo en la casa era silencioso, metódico y absolutamente previsto.

La vieja criada servía la cena con una cofia absurda y desteñida. Porque una vez se presentó sin ella, el señor de la casa le dijo severamente: «Llevas más de cincuenta años en esta casa, pero si esto vuelve a producirse, te echaré a la calle».

El viejo no toleraba la menor innovación. Por eso, desde algunas semanas atrás miraba irritadamente a su sobrina que con una locuacidad sorprendente en aquella casa, turbaba de vez en cuando el sonido de los tenedores sobre el plato. María sentía tal optimismo que se veía empujada a hablar. Hasta llegó a indicar a su tío que iba siendo hora de que cesase su vida de colegiala. Pero bastó una sola mirada del viejo para que comprendiera lo extraordinario y desmedido de sus pretensiones.

A María le pareció que también los retratos de sus antepasados la miraban con aire de reprensión.

* * *

Cada nuevo día le resultaba más corto que el anterior. A las entrevistas fugaces añadió el constante pensar en su querer. Volaban las horas, llenas de cosas imaginadas. Luis adquiría el aire de un ser irreal y perfecto, capaz de triunfar de la vida misma.

Y en tal situación se encontraban las cosas, cuando una cruel inserción de la vida práctica en los asuntos del corazón, inició la desgracia que iba a realizarse plenamente días después.

Luis era hijo de un magistrado. El Estado había considerado que sus servicios eran más necesarios en otra parte y lo destinó al extremo de la Península.

Una noche, bajo el farol de la esquina, que tantos suspiros había iluminado, Luis explicó que se marchaba.

¿Marcharse? ¿A dónde? ¿Y por qué? María no lo comprendía. No llegaba a penetrar en el sentido de aquellas palabras. Hacía esfuerzos para ello, pero era inútil. También había tardado en convencerse cuando murió su madre, a pesar de que tuvo el cadáver delante de sus propios ojos. En esta ocasión fué cuando su tío pronunció en voz baja: «Esta niña no tiene corazón». María recordaba estas palabras y recordaba también como al siguiente día, al levantarse, vió de un solo golpe el amplio paisaje poblado de crueldades.

Ahora caminaba hacia casa con la cabeza baja. Ella no había solicitado nada, no había buscado al amor... Sin su intervención, un hombre se le había metido en el alma... Y todo esto se lo quitaban. ¿A qué venía este castigo? ¿Por qué la dejaban otra vez a solas con su viejo tutor y su vieja criada, con aquellos cuadros oscuros, fantasmales y sombríos? ¿Tenía algún objeto la crueldad? ¿Servía para algo o para alguien? ¿Quién se beneficiaba de que ella quedase abandonada? Temblando por el frío, cogió el aldabón labrado y dió un golpe agónico. Nunca llamaba así. Eran tres golpes los de ritual. La criada sabía quién venía y bajaba las escaleras llevando en la mano un candelabro. Esta noche, levantó la mirilla y preguntó: «¿Quién está ahí?» «Soy yo, abre».

Mientras subía a cenar, la vieja, levantando el candelabro la miraba asombrada. Algo debía de ocurrir. Era la primera vez que llamaba con un solo golpe.

El tío nada notó. Únicamente, al finalizar la cena, refunfuñó: «Parece que estás más silenciosa que de costumbre». Después, tornó a la lectura de su periódico, como cansado de tanto hablar.

María tenía una constitución demasiado débil. Al siguiente día no pudo levantarse de la cama. Le dolía la cabeza y no conciliaba el sueño. Al siguiente, un domingo de noviembre, se marchaba su novio.

Desde por la mañana espí a través de los visillos. El empedrado de la calle relucía bajo la lluvia. Soplaban un fuerte viento y hojas desprendidas de los árboles de enfrente pasaban por el aire haciendo esquinces o planeando con desgana sobre la tierra. El silencio era en la casa más rotundo y claro que nunca. Vió el pesado coche tirado por cuatro caballos, que iba a buscar a los viajeros. Tardó algún tiempo en apagarse el estruendo de ruedas y cascos. Después, todo volvió al sosiego.

María no pudo tenerse en pie. Se acostó sobre la cama. Una somnolencia iba apoderándose con piedad de aquella cabeza cargada de preguntas sin respuesta, que amenazaba estallar.

ADOLFO PREGO DE OLIVER.

